

por las rivales de Wanda, no fuera que ésta se vengase en todos.

—¡Qué exaltada eres!—le dijo cariñosamente.

—Y á mucha honra. Vosotros no comprendéis la violencia ni la energía. Os afemináis en las farsas que á diario estais representando. Cuando te digo que eres mi único amor y que nosotras sabemos amar, quizás no me creerás. Ponme á prueba. Pídemela vida y te la daré. No comprendéis el apego del perro y del esclavo; sois unos seres extenuados é incrédulos que no creéis ni en la fidelidad de la mujer ni en la existencia de Dios. Yo, en cambio, me entregué, y jamás me pesará ni variaré nunca. Pero si me haces traición, Oliverio, si no cumples todo lo que me tienes ofrecido, me vengaré de tu abandono como me vengué de las amenazas de aquel italiano... Por lo pronto, ya lo sabes todo. Ya sabes quién soy. Y si por acaso no me crees, escucha.

Llamó.

En seguida entró la bohemía.

—Miska—preguntó la princesa,—¿cómo murió el príncipe?

—Envenenado. Yo misma preparé la posición.

—¿De qué se compone?

—De una infusión de hierbas.

—¿Dónde se encuentran?

—En todas partes.

—Vete.

La princesa, acercándose otra vez al oído de su amante, le dijo:

—Ya ves que no te he engañado, ¿Es ó no grande mi amor, cuando he hecho... lo que sabes? ¡Yo, que soy católica y creyente!

Y se echó en brazos de Oliverio.

Una hora después, el conde de Taunay abandonaba el hotel Cavalli, aturdido, embriagado, cual si hubiese tomado ópio; y hasta que trascurrió un rato y respiró el aire frío de la noche, no se dió cuenta de nada, y entonces pudo reflexionar sobre lo que había oído y visto.

XXIX

La marquesa de Taunay estaba bien informada.

La casualidad secundó perfectamente sus deseos.

Elena tenía á su servicio, en calidad de segunda doncella, á una muchacha de Chevagnes, que se hallaba á su lado desde hacía años, y á quien la marquesa estimaba mucho.

Susana, este era el nombre de la sirvienta, nació en Rochevieuille. Hija de un leñador, todo lo que era se lo debía á su señora, que fué con ella muy buena, como lo era con todo el mundo.

Susana era muy robusta, de fisonomía viva, agraciada, franca y bondadosa.

Vestía con esmero y aseo. Era muy honrada, no solo en su conducta como mujer, sino como sirvienta, y muy fiel á su ama.

Tenía sus razones para estar al corriente de todo lo que se relacionara con Román

Tremor, y vamos á saber qué razones eran esas.

La doncellita sentía una pasión; amaba á un pobre muchacho diez años mayor que ella, y que había ido á París á buscar fortuna.

Llamábase Próspero Bricbet, también natural de Chevagnes. Su padre estaba empleado en el Priorato.

Bricbet empezó por dedicarse á lavar platos en un bodegón de la calle del Temple, y poco á poco fué ascendiendo, hasta desempeñar el delicado oficio de asar carne á la perfección en un *restaurant* situado en uno de los principales boulevares.

Se puede llegar á diputado de improviso, sin estudios preparatorios de ningún género; es decir, siendo un ignorante; pero no se puede llegar á condimentar salsas y asados en un buen establecimiento, sin haberse ántes ejercitado mucho.

Las quintas reclamaron al pobre diablo cuando precisamente iba á ser jefe de cocina.

Sus talentos merecieron la consideración de sus superiores; y poco tardó en no tener más ocupación que la de preparar la comida del coronel y familia, quienes aseguraban no haber probado nunca salsas más exquisitas, ni carnes mejor asadas que aquellas.

Después de haber servido á la patria de este modo, regresó á París, no sin haber pasado algunos días en el Priorato; pero los seis años perdidos en el regimiento habían interrumpido todas sus relaciones.

Era preciso renovarlas, y el infeliz tenía dos motivos para estar triste.

Uno de ellos, la incertidumbre de lograr colocacion.

El otro era de distinta índole.

Había vuelto á ver á Susana, que ya estaba al servicio de la señorita de Rochevieuille, y sintió renacer, con más fuerza la pasión que alimentaba en secreto, por la muchacha.

Paseando un día bajo los tilos y castaños del parque, comprendió que el corazón de Susana respondía á las palpitaciones del suyo.

Y pensó que su paisana era muy apropiada para el comercio, y que si se pudieran establecer, sería para ellos una felicidad sin igual.

Confió sus planes á Román Tremor, que le demostraba verdadera amistad.

Y Román le contestó:

—Busca; y dame cuenta de lo que se presente.

Los sucesos que sobrevinieron tan repentinamente, trastornaron los proyectos de Bricbet.

Elena casó con su primo.

Se fué á Italia en seguida, y llevó consigo al ama de gobierno y á la doncella.

De otra parte, Román Tremor, aterrado por la fuga de Solange, se entregó, como ya sabemos, á la mayor desesperación.

Y el pobre Bricbet, no pudo colocarse en parte alguna.

Pero á los seis meses del casamiento de

Elena, escribió á su protector, Román Tremor, diciéndole que había pensado en un negocio, del que se prometía obtener pingües ganancias.

Tratábase de fundar en la esquina de la calle Miromesnil, cerca del hotel Beauran, en el centro del faubourg Saint Honoré, un puesto de vinos, anejo á un buen restaurant.

Estaba ya en tratos con el dueño de una casa nueva para alquilarle los sótanos, el piso bajo y el entresuelo. Las condiciones le parecieron aceptables.

Román Tremor no vió en semejante proposición, sino que la calle Miromesnil estaba á dos pasos del hotel del marqués de Taunay; que de este modo podría saber lo que pasaba allí y vería amenudo al hombre que tanto cdiaba.

Pensó tambien en otra cosa.

Que Solange estaba en París; que llegaría á descubrir dónde vivía, aquel sitio que la *Bisgornia* le ocultaba, obedeciendo el mandato de la pobre muchacha, que no quería volver á verle; y Román quería vivir cerca de ella, encontrarla y hasta hablarla.

Su tristeza era mortal.

Pasaba horas enteras en Gué-aux-Biches, al lado de Catalina, tan desesperada como él; apenas hablaban, y no hacían sino llorar por su Solange, tan amada siempre lo mismo por la madre que por el novio. Y el odio que una y otro sentían por Oliverio, era cada vez mayor.

Los padres de Román se alarmaron al ver-

le tan triste y enfermo; el infeliz no era ni su su sombra.

Temieron que se volviera loco.

Así es que cuando dió cuenta en el Priorato de la carta de Bricbet, su padre se apresuró á decir:

—Pues bien; si eso puede distraerte, debes ir con él. Así te ocuparás en algo. Vale más esto que entregarte de ese modo á la melancolía. Bricbet es trabajador y ordenado. Déjale hacer.

Román no deseaba otra cosa.

El viejo Tremor subió á su cuarto y poco despues bajó, llevando un saco, que pesaba mucho.

—Aquí hay cuarenta mil francos—dijo.—No te preocupes por nada. Si necesitas más, ya encontraremos otros. Cuanto te haga falta lo tendrás. No derroches; pero no te prives de nada tampoco.

El apasionado de Solange partió.

Su hermano Juan le llevó á la estación del ferrocarril en el mismo cochecillo en que fueron los Fargeas aquella vez á Corbigny.

En Nevers se abrazaron y despidieron.

—Si te aburres, Román—dijo el otro,—regresa en seguida, que ya procuraremos encontrarte una buena mujer.

¡Pero él no quería más mujer que una!

Pocos días después Bricbet, triunfante, firmaba el contrato del establecimiento.

No quiso ser sino el empleado de Román Tremor.

—Manejaré la casa—dijo.—Vos hareis lo

que os acomode. Y á fin de año, si esto marcha á vuestro gusto, me dais lo que os plazca.

Sabía qué clase de gentes eran los Tremor.

Susana se puso muy contenta cuando se enteró de todo eso; deseaba mucho que Próspero prosperara...

Brichet hizo honor á su nombre propio: al cabo de seis meses el establecimiento había prosperado extraordinariamente.

Un pequeño y dorado automedonte, con una especie de hopalanda de tres esclavinas, sosteniendo en la mano un látigo, sobresalía encima de la puerta de entrada con esta inscripción, en letras góticas, colocada en una banderola. *Al fiel cochero.*

Lo mismo se ocupaba Román del establecimiento que del gran turco.

El negocio adelantaba sin que él interviniera en lo más mínimo.

Brichet reclutó buen personal.

Era el amo y se ocupaba admirablemente de todo; no tenía descanso; tan pronto estaba en un sitio como en otro.

Los clientes eran los cocheros y criados de las grandes casas; gente difícil, exigente, acostumbrada á la cocina de los príncipes y banqueros que tanto abundan en ese barrio; pero todos salían satisfechos del establecimiento de Brichet.

Rara vez veían á Román; jسته era el único que estaba triste allí!

El inconsolable prometido de Solange vagaba como alma en pena por los boulevares y

barrios muy frecuentados, buscando siempre á la que tanto amaba.

El único que hubiera podido decirle algo era Servais; pero el astuto sirviente del marqués era reservado como un confesor.

Así es que Román estaba casi tan desesperado en París como en el Priorato.

Cuando se encerraba en su cuarto, sacaba el retrato de Solange, una mala fotografía, y pasaba horas y horas contemplándolo.

Una noche tuvo una falsa alegría.

Al pasar por la calle de la Paz, se fijó en dos mujeres que iban delante de él, á pocos pasos, y creyó que una de ellas era Solange.

Sintió un vértigo.

No podía dudarle. Era ella.

¡Pero aquél aire, aquella elegancia!...

Apresuró el paso, mas con tan mala suerte que cuando ya iba á alcanzarlas entraron en una casa cuyo portal se cerró en seguida.

Román se fijó en el número de la casa y decidió, además, preguntar al portero.

—¿Señorita Fargeas?

El hombre no se tomó el trabajo ni de levantar la cabeza, y contestó con brusquedad:

—No la conozco.

—¿Solange Fargeas?

—No es aquí.

Román, que era bastante tímido, no se atrevió á insistir, pero creía no haberse equivocado.

Permaneció largo rato sin conseguir nada, frente á la casa, hasta que apagaron las luces.

Siguió yendo varios días y no logró ver á quien buscaba.

Concluyó por creer que se había equivocado y por no volverse á acordar de la calle de la Paz.

Pero en una ocasión, un incidente insignificante en apariencia, debía ponerle sobre la pista.

Al siguiente día del en que pasaron Elena, la baronesa y Souvray, en coche por el Bosque, Román volvía de Bercy, adonde había ido por encargo de Bricbet.

Serían las diez.

Había en la sala varios consumidores tomandó un trago de vino blanco, frente al mostrador.

Entró en el piso bajo y le extrañó ver tantas cacerolas y vituallas reunidas.

—¿Qué esto?—preguntó á la cocinera, ocupada en aquel momento en arreglar un filete de buey.

—Que el cochero del hotel Taunay, mister Stripp, convida á almorzar á unos amigos suyos. Vendrán el señor Servais, el ayuda de cámara y otros varios.

—¡Servais!—se dijo Román.

—Serán siete ú ocho. Han pedido la sala de arriba, y han encargado melón, patos, y este filete... Es de esperar que beberán á proporción.

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Bien. Esmeraos.

—Va á guisar el mismo señor Bricbet.

¡Esos *milores* son muy delicados! *Mister Stripp* gana cuanto quiere en casa del marqués. Es buena casa. Abunda el dinero. Y, sin embargo, dicen que la joven marquesa no es feliz.

—¿Quién dice eso?

—La gente. Oye una hablar. Susana, la prenda del Sr. Bricbet, pone el grito en el cielo. Compadece mucho á su señora. Dice que vive como si fuera viuda. El marqués no se ocupa más que de sus placeres.

—Está bien. ¿Dónde está Bricbet?

—En la bodega.

Román se sentía menos triste. Se le figuraba que iba á tener alguna agradable sorpresa.

Arriba todo iba viento en popa. Las salas estaban llenas.

Otro se hubiera alegrado; pero él no podía pensar más que en Solange. ¿Qué le importaba la riqueza sin ella?

Se asomó á la calle; miraba, distraído, la gente que pasaba.

Llamó su atención un faetón magnífico, y reconoció en el que lo guiaba al marqués de Taunay.

Román temblo de ira.

El carruaje se alejó.

Aquel hombre le había robado lo que más amaba en el mundo! ¡Era el ladrón de su dicha!

¿Pero qué hacer con semejante enemigo? Poco después de haber pasado el coche, un hombre, que vestía amplia blusa, pasó

mirando las fachadas todas de aquellas casas, como buscando una de ellas.

Román hizo un movimiento de sorpresa, abandonó la puerta y corrió á su encuentro.

Se reunieron en frente del Eliseo y se abrazaron con la mayor efusión, sin ocuparse para nada de los transeúntes.

—¿Tú por aquí, Juan?—dijo el parisiense.

—¿Cómo no me has avisado?

—¿Para qué?

—¿Y padre?

—Está muy bien. No pasan días por él. ¡Pero se le hacen eternos los que lleva sin verte!

Román llevó al viajero á su casa.

Tenía prisa por saber noticias de todos los del pueblo.

Como no hubiera en las salas ni un rincón desocupado, dijo Juan:

—¡Buen negocio es este!

—Díselo á Bricbet; él podrá darte noticias; yo no sé nada—repuso Román.

Juan le miró fijamente.

—¿Eso quiere decir que sigues en el mismo estado?

—Siempre.

Subieron al entresuelo.

Uno de los mozos colocaba los cubiertos en una espaciosa mesa.

—¡Hay gran almuerzo!—observó Juan.

—Sí, las gentes del hotel Taunay—dijo el mozo.

—¿Qué vienes á hacer á París?—preguntó Román á su hermano.

—A cobrar el importe de seis bueyes. Además, te diré la verdad: quería verte. Apenas escribes ya. Padre y yo temíamos que estuvieras cada vez más triste. Y me dijo: «Juan, da una vuelta por allá.» Y aquí me tienes. Así te veo, llevo noticias tuyas á aquella gente, y les tranquilizo. Noto con placer que no estás peor.

—Es muy grato saber que hay almas buenas que no nos olvidan. Yo también pienso en vosotros todos los días.

—¿Sigues acordándote de Solange?

—Es superior á mí.

—No intento que varíes de idea. Cada cual á lo suyo. Pero creo que harías bien en pensar en otra cosa. Te estás haciendo cada vez más desgraciado. ¿Pero al menos la has visto?

—Ni una sola vez.

—¿Qué ha sido de ella?

—Lo ignoro. No hago más que buscarla. ¡Paris es inmenso! Imposible averiguar nada. No sé lo que daría por encontrarla y saber algo de su existencia.

—Haces mal. ¡Es una coqueta!

Román no trató de defenderla; pero demostró, aunque tímidamente, sus dudas.

—¡Qué crédulos son los enamorados!—exclamó Juan dando con el puño un golpe en la mesa.

—Háblame de los Fargeas.

—Siempre lo mismo. El padre hace su ronda por el bosque y en seguida vuelve á su casa. La mujer no sale para nada. Yo voy de

vez en cuando. Esa pobre gente no tiene culpa ninguna de lo que ha sucedido, por más que hayan educado á Solange para señorita. Se desvivían por ella. El guarda no dice ni diez palabras á la semana. En el pueblo no saben nada. Creen que la chica está aquí aprendiendo un oficio.

—¿Y es verdad que no escribe á sus padres?

Nunca. No saben de ella más que por la *Bigornia*, y eso rara vez. Esta pretende hacer creer que tampoco ella sabe donde está Solange, pero no dice la verdad.

—¿Y Simón?

—Bueno ya, y ¡cosa rara! se ha curado de su pasión por la caza. Ni coje el fusil ni tiene un solo lazo. La vivienda está como la viste en otro tiempo, y Simón trabaja desde la mañana á la noche. Nadie se explica ese cambio.

—¿Y la Simona?

—No la reconocerías. Se ha vuelto limpia como el oro. Representa veinte años menos. Tendía los lazos por dar gusto á su marido. Ahora que eso se ha acabado, se dedica á la costura y tiene bastante clientela. El cura dice que es una conversión.

—¿Y no se ha vuelto á hablar de Labranche?

—Se ha guardado bien de volver. Se llevó la hucha lo más lejos posible. Lo que me extraña es que no le hayan cogido; pero el animal ese sabe más que la justicia.

—¡El marqués tiene fenta de sobra para el uso que hace de ella!

—¡Cómo le odias!

—Cada día más.

—Si fueras razonable, te propondría una cosa.

—Me la dirás cuando nos sentemos á la mesa. Debes tener apetito; ¡y yo soy tan egoísta, que no hago más que hablar!

—Comeré con gusto un buen trozo de carne.

Román, llamando á Bricet, le dijo:

—Comienza por subir una botella de buen vino, y una tortilla. Pronto.

—¿De suerte que ese banquete es á costa de los criados del marqués?—repuso Juan.

—Su hotel está á dos pasos. Siempre están de fiesta en esa casa. El dinero abunda.

—Tanto mejor. Eso es un bien para el comercio.

Bricet llegó á toda prisa.

—¡Señor Juan!—dijo poniendo la tortilla y la botella en la mesa.—¡Qué raro se me hace veros por aquí!

Dicho esto, se fué, rápido como una exhalación.

—¿Qué proposición es esa?—preguntó Roman, sirviendo de comer á su hermano.

—La siguiente: ¿Conoces á los hermanos Gosset?

—¿Los comerciantes en maderas?

—Sí. No tienen más que una hija. Esta será rica. No es bonita, pero sí una muchacha que vale un imperio. Si quieres no tienes más que decir una palabra. Es el primo Chado nin quien te la propone.

—Ya sabes cuánto os quiero, lo mismo á padre que á ti. Pues bien, hazme un favor.

—¿Cuál?

—No me hables de casamiento. Me sería tan imposible casarme con otra como beberme toda el agua del Yona.

—¡Es una pena! La gente tiene razón. Dame vino.

Román repuso con la tranquilidad del hombre que ha tomado una decisión irrevocable.

—Tengo mi idea. Y la seguiré hasta morir. Amo á Solange. ¡Qué quieres! Mi único placer es pensar en ella. Y no seré feliz hasta que la vuelva á ver, puesto que era mía y me amaba; lo sé, estoy seguro, Juan; no mentía al decírmelo. Y abrigo la esperanza de que ha de llegar el día en que esta época tan triste tendrá su compensación. ¿Cómo sucederá esto? No lo sé. Pero te aseguro que sin esa esperanza y vuestro afecto, no sé qué sería de mí; mejor dicho, ¡no me atrevo á decirlo! Pero ántes será preciso que el marqués y yo tengamos una explicación. No será agradable ni por su parte ni por la mía. Pero podéis estar tranquilos. No os comprometeré. Nadie sabe ni sabrá lo que pienso. Esperaré ocasión oportuna, tarde lo que tarde, para realizarlo.

—Haz lo que quieras, y no hablemos más. Román llamó de nuevo:

—¡Brichet!

Brichet era ligero como un pájaro. El feliz resultado de sus negocios le daba alas, sobre

todo cuando se trataba de los Tremor, que habían sido su Providencia.

—Tráenos ahora un pollo frio y dos buenas costillas.

—Esto mejora—dijo Juan, llevándose la mano al estómago.

Román sonrió.

—Crée, hermano mio,—prosiguió Juan—que las mujeres no merecen que trague una tanta bilis por ellas. Afortunadamente ninguna me ha quitado nunca el sueño.

—¡Calla!—dijo Román.

—¿Qué sucede?

—Los criados del marqués.

—¡Cáspita!—repuso Juan, asomándose á la escalera—los hubiera tomado por ministros.

XXX

Román se levantó precipitadamente, levantó la mesa y trasladó el almuerzo á su habitación, cuya puerta dejó entreabierta.

—Ven—dijo á su hermano—estaremos ahí mejor, puesto que estaremos solos y podremos hablar.

—Y también oír.

Pero esto no lo confesó. El infeliz esperaba siempre que la casualidad le revelara el paradero de Solange.

Y antes de que los comensales subieran la escalera, ya los hermanos habían cambiado de sitio para continuar su almuerzo.

No serían ministros, pero sí unos señores

los criados del hotel Taunay y sus compañeros.

Servais, el ayuda de cámara, iba, como los otros, irreprochablemente vestido.

Roman, al oír la voz de éste frunció el ceño, pero tuvo prudencia; no era aquella ocasión de armar escándalo.

John Stripp era todo un personaje, de elevada estatura, rostro sano y coloradote.

Se distinguía de todos los demás por su superioridad y corpulencia.

Su posición, como la de Servais, no podía ser mejor.

El inglés era mas pródigo que el francés.

Ambos estaban en todos los secretos de su amo.

Stripp era un gran cochero.

Ya hemos dicho que era muy obsequioso. Se empeñó en que los Tremor habían de almorzar con él.

Pero Roman se excusó.

Quería seguir hablando del pueblo con su hermano.

Stripp insistió. El honorable cochero había ya bebido algunos vasos de cerveza.

Quedaron en que los dos hermanos se presentarían á los postres para tomar café y una copita de Ginebra con ellos.

Los Tremor hablaban en voz baja, olvidados en seguida por el automedonte y demás comensales, que comían y bebían á más y mejor.

Creemos inútil decir que Román no perdía ni una palabra de lo que hablaban los otros.

Pero con harto sentimiento no hablaban aun sino de cosas indiferentes.

Y la conversación versó sobre caballos, sobre cierta clase de mujeres, y las consiguientes historias, etc., etc.

Pero de pronto á uno de los invitados se le ocurrió preguntar al inglés:

—Quisiera saber por qué vais tan á menudo á la calle de la Paz.

El curioso era un colega de John, y se hallaba al servicio del barón de la Briche, vecino del marqués de Taunay.

Al escuchar esas palabras, Román aguzó el oído.

La calle de la Paz le recordaba una decepción.

—¿Qué hago?—contestó Stripp con marcado acento inglés.—¡Nada!

—¡Pillo! No os hagais de nuevas. Vos quedais en el pescante, haceis piafar á los caballos y mirais á los transeuntes para matar el tiempo. ¿Pero y vuestro amo?

Servais hizo seña al curioso de que callase, pero fué inútil. El Sauterne, el Burdeos, el Borgoña y el Champagne, producian los efectos consiguientes.

Stripp comenzaba también á marearse...

Y bebiendo otra copa de Champagne, contestó:

—El señor marqués hace lo que quiere.

—¡Farsante! ¿Qué es lo que va á buscar allí todas las mañanas, dí?

—¿Dónde?

—De sobra lo sabeis... número 47. Allí